

**PEDRO LARGHERO
y EDUARDO CALLERI**

Barsabás Ríos

*"Te envidio, eso dice cuánto te admiro".
Calleri, en diálogo con Larghero.*

I

¿Por qué los ponemos juntos? Médicos los dos; más concretamente cirujanos; de la misma época; se parecieron en el talento, en la bizarra individualidad; los dos fueron concursantes de primeros puestos; y sobre todo los dos, en casi cuarenta años de ejercicio profesional cumplieron, cada uno en su ámbito, una faena que a la vez colma un tiempo pasado y habrá de proyectarse en el porvenir.

"Marcha" se ha estado ocupando de lo que fue o se hizo en el país en los últimos 25 años, y de lo que presumiblemente será o se hará en igual lapso futuro. Y bien, cualesquiera que sean los eventos que sacudan a los pueblos, ocurrirá cuanto tenga que ocurrir con la presencia y gravitación, patente unas veces, ignorada otras, de figuras notorias o modestas que, sépase o no, han dejado en las cosas, en los sucesos, en los espíritus, su personal impronta. Así en el quehacer médico nacional operarán silenciosamente Larghero y Calleri. Larghero, muerto hace justamente un año. Calleri, trabajando con la intensa actividad de siempre. Pero esto de estar vivo o muerto, cuando suman unos cuantos y plenos años de labor, pese al tremendo significado de la misma anulación humana, no deja de ser un tanto aleatorio. Sin duda algo nuestro se acaba de morir ahora con Fernando Lucas Gafree, con Pedro Quartara, como antes algo propio se nos murió con Más de Ayala, Soto Blanco, Victorino Pereira, Alipio Ferreira, Larghero.

Y, ¡cuánto de ellos quedó con nosotros! Los tenemos cerca, nos rodean cuando estudiamos, cuando trabajamos, o pensamos o soñamos. Ellos nos conocieron bien, compartimos desvelos, inquietudes, jornadas de estudio y de guardias hospitalarias, y esperanzas. Ellos compusieron

nuestro pequeño mundo del oficio y del afecto, fraternalmente. Morimos en ellos y ellos viven en nosotros.

II

La presencia en nuestra medicina, en la medicina de Pedro Languero ausente, se dará por mucho tiempo y cada vez más cabalmente acusada. Vivió poco más de sesenta años, pero medida en horas de trabajo y en rendimiento intelectual, su vida cubre una centuria.

Sus trabajos en Anatomía Patológica, en Patología y Clínica Quirúrgica, fueron copiosos. Publicó aquí y en Europa libros que son obras de consulta. Hizo escuela y la característica de la producción suya y de los suyos fue el respeto al hecho, la observación estricta del documento clínico, el rigor estadístico, la severa valoración de la propia experiencia, una perfecta compaginación, y la conclusión breve y aguda.

Su devoción a la disciplina llegó a la tozudez; y peleó a diestra y siniestra, con sacrificio de posiciones y amistades, por imponer la responsabilidad funcional de cada uno. Fue a todas partes a ver, a trabajar, a aprender y a traer enseñanzas. Este valioso, constante y elaborado trasiego de conocimientos le deparó grandes honores internacionales. Bastan al efecto dos referencias.

Desde marzo de 1948 era Languero miembro asociado extranjero de la "Academia de Cirugía" de Francia, cuyos estatutos disponen en el artículo 9º.: "Los asociados extranjeros se elegirán por la Academia entre los cirujanos célebres por sus trabajos, su práctica o sus escritos". En el año de su muerte estaba designado para ocupar la vicepresidencia de un Congreso Mundial de Cirugía, a celebrarse en Roma.

Pero esta bien ganada militancia en la elite médica mundial fue sólo una consecuencia natural de su propio señorío científico, y no la culminación de un soñado propósito de fama. Su preocupación cotidiana y entrañable era lo nuestro; su anhelo máximo que la medicina asistencial y la docencia médica uruguayas estuvieran al día, en el nivel de eficiencia y probidad que los tiempos exigen.

III

Cirujano, hombre de quirófano, aplicó con indeclinable rigorismo las exigencias de la asepsia y fue un escrupuloso de la técnica. Pero no se

limitó a lo suyo o, mejor dicho, lo suyo era lo de todos. Y llevó su gestión a muy diversos menesteres de la medicina nacional. Se ocupó así de la problemática de la docencia, de la anestesiología, de la recuperación, de las vacunaciones, de los equipamientos hospitalarios, de la provisión de sangre, de los primeros auxilios, de la lucha contra el tétanos, contra la hidatidosis, contra el cáncer, etcétera. Y quiso estar al tanto de cuanto realizaba en el país la medicina y en especial la cirugía. Esa curiosidad lo trajo un día a nosotros.

Fuimos compañeros de estudio de Pedro Larguero, recibimos el título el mismo día. El afecto, la vocación quirúrgica, el trabajo común, nos mantuvieron siempre cerca, en congresos, en aulas, en quirófanos. Me dijo cierta vez en su clínica: "Sé lo que haces, pero quiero ver dónde y cómo lo haces. Iré a visitarte". No lo creímos. Meses después, tras breve misiva anunciadora, vino a Tacuarembó y se estuvo con nosotros una semana viéndonos operar en el hospital y en privado. Y nos hizo el honor de llevar al libro, a su gran libro póstumo sobre hidatidología, algo de lo que nos vio hacer. Fuera de lo puramente afectivo se mostró Larguero muy satisfecho en el orden práctico-científico con su visita, que para nosotros significó la más alta distinción y el mayor homenaje que se nos haya hecho nunca.

En efecto, muchos distinguidos profesores de la Facultad nos habían visitado antes, pero siempre como tales, para ofrecernos su erudita conferencia, o su lección magistral, nunca para ver directamente qué y cómo lo hacíamos, en disciplinas que nos eran comunes. Y a raíz de su visita nos propuso Larguero que mostráramos en su prestigioso servicio del Hospital Pasteur, cierta técnica que ensayábamos de cirugía gástrica, otro gesto para nosotros inusitado.

IV

Y estuvo Larguero también viendo trabajara a Calleri en su servicio hospitalario de Durazno, y le mandó a su hijo, que siendo quien era habría sido ventajosamente admitido en las más reputadas clínicas, a que aprendiera con Calleri el quehacer quirúrgico. Esta distinción de Larguero – que no mentía halagos -, a la cirugía del interior, le honra y nos honra.

Y quiso visitar Larguero a Francisco Fernández Lascano, el mejor, el más puro de todos nosotros, que durante 30 años estuvo en Tambores al frente de una policlínica rural, verdadero oasis de paz, de trabajo humilde, de bondad. No pudo hacerlo porque enfermó Fernández Lascano y tuvo que ausentarse. ¡Qué lástima! Si Larguero hubiera

visitado a Fernández, qué cura de alma le hubiera reportado aquella paz, aquella beatitud. De haberlo hecho, la visita sedante se habría repetido muchas veces y Languero, estamos seguros, seguiría viviendo.

V

Era chuscada habitual de Calleri estudiante, enfrentarse a uno y decirle: "¿No sentís nada, no sentís la presencia del genio?" No nos ha tocado, que sepamos, frecuentar a un genio, desconocemos esa experiencia. Pero, ciertamente, junto a Calleri se sentía el influjo de una personalidad desbordante. Dinámico al extremo, nervioso, sensitivo, de vivísima inteligencia, cordial, sincero y puro de intención. Sazonaba su gran simpatía una pizca ufana.

Instalado Calleri en Durazno, en 1927, participó de entrada en una intervención ginecológica que realizaba un cirujano de antiguo cuño, y al pedírsele su opinión sobre la misma dijo: "Buena, pero podría hacerse mejor". El viejo cirujano propuso entonces que ejecutara Calleri la próxima intervención y fue tan definitiva la prueba que el noble colega, comprendiendo que su época había sido superada, se retiró sin rencor, dejando en adelante toda la tarea quirúrgica al recién venido.

Así empezó Eduardo Calleri una faena en la que aún está. La cirugía, por ese tiempo, estaba doblando el cabo de las tormentas y entraba en mar sereno. Se perfeccionó la transfusión, la anestesia, la asepsia, la técnica; vinieron después los antibióticos. El progreso fue rápido y los del interior – que no se quedaron – aprovecharon su ritmo y el inmenso material humano que se les brindaba, para madurar una disciplina que, transmitida constantemente a los colegas jóvenes, ha contribuido dignamente a la solvencia de la medicina nacional.

Fueron pioneros en esta obra magnífica Berhouet, Calleri, Forrisi, Lucas Gafree, Percovich, Agustoni, etcétera. Tomamos a Calleri como paradigma de esa generación que en un menester difícil, comprometido, supo honrar su función social.

La cirugía no es tarea de párvulos. Su ejercicio pesa y duele por la enorme responsabilidad que comporta y el manejo cotidiano de la ajena y confiada existencia. La cirugía pesa y duele lo mismo al grande del oficio, al que alcanza la cumbre del prestigio y de la fama, al profesor eminente, que al oscuro artesano del bisturí; y más duele al de mejor corazón. La fama es un epifenómeno; el arte es lo prístino.

Hemos unido a Larguero con Calleri. El primero puso la cirugía docente nacional en el ámbito de la cirugía mundial. El segundo cumplió en casa la noble faena. Los dos trabajaron con inmanente fervor. Los dos pusieron el corazón en su obra. Ésos son los tipos de vidas ejemplares que hay que mostrar al país en estos momentos de crisis de valores y deterioro de la responsabilidad.

Al año de muerto Larguero hemos querido recordarlo junto a Calleri, vivo. No será la compañía más ilustre; pero quizás sea la mejor. Se parecieron mucho y se quisieron bien. Y que los dos nos perdonen.

("Pedro Larguero y Eduardo Calleri". Vidas Médicas. Publicado en "Marcha" – No. 1214, julio 1964. Tomado de RÍOS, Barsabás: Unos Médicos Nuestros, Biblioteca de Marcha, febrero de 1973, 112 páginas. Páginas 51 a 57).